

ni una sola vez, porque no consiente en recibirlos sino en calidad de embajadores.

De estas dificultades desciende Napoleón á otras tan deleznales como pueriles. Los alimentos, la habitación, y, en fin, las minucias domésticas se convierten á cada instante en motivo de quejas é intrigas. No está en nuestro ánimo agravar su suerte con privaciones de esta índole, pero la verdad es que nada hay de cierto sobre estas privaciones, expuestas á la maligna curiosidad de las gentes como un medio de avivar el interés y reverdecer el afecto de sus partidarios.

Esta táctica no ha dejado de producir sus efectos. De cuando en cuando ha llegado de Santa Elena alguno de su séquito con pormenores que derraman por Europa los perturbadores de todos los países ó quienes creen insensatamente cobrar fama convirtiéndose en sus apologistas. Si el emisario es hombre obscuro y de condición servil, encuentra redactores celosos, y si, por el contrario, pertenece al orden de los intelectuales ó acomodados, narra por cuenta propia sus invenciones.

Los individuos de la familia del prisionero, residentes en las principales ciudades de Italia y Alemania, acogen luego á los recién llegados, escuchan sus informes, les proporcionan dinero y mantienen por correspondencia la sorda actividad que bulle todavía en los espíritus y la presenta á los restos de las facciones revolucionarias como centro de unión en que podrán apoyarse algún día. Está probado con toda evidencia que sostienen correspondencia secreta con Santa Elena, así como tampoco cabe duda en el envío clandestino de algunas sumas y en el cobro de las letras de cambio endosadas por Bonaparte.

Estos hechos, comprobados por documentos del gobierno inglés, no han escapado á la vigilancia de los demás gabinetes. A menudo han cambiado sobre el particular recíprocas confianzas, *pero jamás se tomaron medidas y precauciones proporcionadas al mal denunciado.*

Entre los emisarios llegados de Santa Elena es el general Gourgaud uno de los más conspicuos, y á pesar de su sospechosa franqueza ha revelado algunos pormenores sobre los cuales han de fijar la atención los aliados.

Según Gourgaud, Napoleón acumula contra el gobernador infinidad de chinchorrerías con objeto de ocultar mejor sus verdaderos

proyectos, y aprovecha toda ocasión de corresponderse secretamente con Europa y mandar y recibir dinero.

Los individuos del séquito fraguaron un plan de evasión, *que hubiera podido realizarse á no diferirlo el jefe.*

La ejecución de este proyecto estaba señalada para cuando las tropas aliadas evacuasen el territorio francés, pues esperaban algunas turbulencias con este motivo.

Estos informes, añadidos á la agitación de los criminales residuos de la época revolucionaria, merecen la constante atención de los gobiernos y muy en particular de los soberanos reunidos en congreso.

El gobierno inglés ha tomado ya más eficaces providencias respecto al cautivo en Santa Elena. En carta de 1.º de Septiembre, lord Bathurst manifiesta al caballero Lowe su sorpresa de que los confidentes de Bonaparte se alaben de que su vida en la isla es un misterio para todo el mundo y para el mismo gobernador. En vista de esta infracción de las ordenanzas, el ministro le ordena que dos veces al día por lo menos, compruebe la presencia del detenido, y, en caso de que Bonaparte no se resistiese á esta comprobación, le consienta mayor libertad, pues no habría peligro en ello desde el momento en que su persona se pondría más á menudo en evidencia.

Si la comprobación ha de llevarla á cabo la guardia militar, no hay inconveniente en que periódicamente se aseguren los comisarios de las potencias, por sus propios ojos, de la estancia del prisionero, pues no es posible negarles este derecho, prescrito en el tratado. Su misión no tiene desempeño ante la personalidad de Bonaparte, y, por lo tanto, no necesitan que éste les reciba. Desde el momento en que el gobernador les reconoce por comisarios, ha de ponerles en condiciones de cumplir el encargo que se les confió.

Al considerar las impertinencias que la doblez ó la ira de Napoleón concita contra los encargados de su custodia, los hombres poco reflexivos pueden apreciarlas, según su buen ó mal carácter, en relación con el estado de las personas colocadas en análogas circunstancias. Pero si se atiende á las funestas consecuencias políticas que la evasión de semejante hombre acarrearía á Europa, sorprendiéndola en los comienzos de su reorganización, aparece toda la gravedad é importancia del caso y desde este punto deben mirarlo los soberanos.

Convencido de ello, el gabinete de Rusia diputa por principios invariables:

1.º Que colocado Napoleón Bonaparte fuera de la ley de las naciones por efecto de su conducta, todas las precauciones que respecto de él se tomen, dependerán de la discreción y prudencia de los soberanos aliados.

2.º Que el tratado de 2 de Abril le constituye, expresa y formalmente, prisionero de las potencias signatarias del tratado de 25 de Marzo de 1815.

3.º Que por este tratado no puede potencia alguna, y mucho menos la que custodia al prisionero, eludir los compromisos contraídos ni exponer, sea por lo que sea, el tratado á violación en detrimento de la paz pública.

4.º Que las medidas mencionadas en las primitivas instrucciones y reiteradas por lord Bathurst al caballero Lowe, en carta de 1.º de Septiembre de 1818, merecen la aprobación de todas las potencias interesadas en el cumplimiento del tratado.

5.º Que mientras los comisarios de las potencias permanezcan en la isla de Santa Elena, el gobernador habrá de facilitarles el objeto de su misión por los medios que estime más convenientes.

6.º Que los individuos de la familia de Bonaparte quedarán obligados á trasladarse al país que en las precedentes deliberaciones se les señaló por residencia, según se halla consignado en los protocolos levantados al efecto.

7.º Que las potencias signatarias del tratado de 2 de Agosto y protocolos subsiguientes, ordenarán á sus ministros en las cortes donde aquellos individuos residen, que les inviten á salir de ellas, para lo cual se pondrán de acuerdo unos con otros dichos ministros.

8.º Que se tendrá por atentatoria á la seguridad pública toda correspondencia, envío de dinero ó comunicación con el prisionero de Santa Elena que no esté sometida á la censura del gobierno inglés, y, por lo tanto, se procederá judicialmente contra cuantos infrinjan esta ordenanza.

Si los gobiernos de los soberanos aliados están conformes con el modo de apreciar tan grave asunto en esta memoria, los plenipotenciarios de Rusia están dispuestos á reunirse con ellos en conferencia,

para dar á su común resolución la forma de protocolo y velar cada cual en su corte por su entero cumplimiento.

(Se cree que esta memoria, presentada y leída por el conde Capo d'Istria, fué redactada por el general Pozzo di Borgo. El protocolo de cuya formación se habla en ella, no llegó á levantarse; únicamente se convino en que las observaciones expuestas en la memoria del gabinete de Rusia, se tendrían en cuenta por las potencias signatarias del tratado de 25 de Marzo, reunidas entonces en congreso.)

*Archivo de Negocios Extranjeros, tomo 1.804, folio 421 y siguiente.*

#### DOCUMENTO N.º 9.

*Notas sobre una conversación que Sir Hudson Lowe y el conde de Montholon tuvieron en Longwood el 3 de Mayo de 1821 (1).*

El gobernador, acompañado del doctor Arnott y del mayor Goussier, se presentó en casa del conde de Montholon para decirle que el doctor Arnott le había dado cuenta de una circunstancia que consideraba de bastante monta para motivar la visita. Que el doctor Antommarchi se había declarado contra la opinión del doctor Arnott de administrar ciertos medicamentos al general Bonaparte, y que, cuando en los casos ordinarios disenta la opinión de dos médicos respecto al tratamiento de una enfermedad, se consultaba con otros. Que él no ponía en duda los conocimientos profesionales ni el juicio clínico del doctor Antommarchi, pero que en vista de la diversidad de opiniones, convenía á su satisfacción personal, y al descargo de su responsabilidad, consultar el parecer de otros médicos. Por último, que en aquellas circunstancias decisivas de vida ó muerte, esperaba que el conde hiciese cuanto estuviera de su parte para recurrir al único medio capaz de conciliar la diversidad de opiniones.

El conde de Montholon replicó diciendo que acababa de hablar sobre el caso con el conde Bertrand y habían acordado que, en cuanto

(1) *Archivo de Negocios Extranjeros, tomo 1.805, folio 122 y siguiente.*

el general Bonaparte perdiese el conocimiento, pedirían el concurso de otros médicos, pero que por entonces no era posible que ningún otro facultativo entrase en el aposento del enfermo. No se atrevían á proponérselo, temerosos de emocionarle peligrosamente.

El gobernador repuso: «¿No convendría más considerarle, en su estado actual, como un enfermo sin voluntad propia, y confiarlo enteramente á los cuidados de los médicos, que obrarían bajo su responsabilidad personal?»

El conde le expuso su parecer de que el mismo doctor Arnott, después de la conversación tenida con él aquella mañana, no consideraría prudente, vista la gran debilidad del enfermo, valerse en aquellos momentos de tal medida. Y como el doctor Arnott opinase al parecer del mismo modo, el conde añadió que, en cuanto el enfermo perdiese el conocimiento y pudiera tomarse, á su pesar, la determinación más conveniente, se solicitaría desde luego el concurso de los médicos que según el gobernador había tenido la bondad de manifestar, estaban dispuestos á prestar sus servicios, pues en dos horas podrían acudir. El gobernador contestó al conde que los doctores Short y Mitchell habían llegado y acudirían en cuanto se les llamase, pero que á fin de evitar toda demora, les mandaría venir en seguida para que aguardasen en el mismo Longwood.

Le satisfizo al conde este arreglo, que le consentía llamar á los médicos en cuanto el general Bonaparte perdiese el conocimiento, pues entonces se desvanecería todo escrúpulo, ya que, como dijo el gobernador, sería cuestión de vida ó muerte.

El gobernador advirtió que también el almirante consideraba el momento de la pérdida de los sentidos como el más oportuno para que los demás médicos viesan al general Bonaparte, y que era su deseo contribuir al auxilio del enfermo enviándole el médico mayor de la armada.

Dijo el conde de Montholon que el doctor Antommarchi se opuso á la administración de lavatorios, propuesta por el doctor Arnott, no por disentir en cuanto á la oportunidad del remedio, que, por el contrario, aprobaba del todo, sino porque era preciso administrarlo contra la voluntad del enfermo y temía las consecuencias, pues no consentía que le moviesen ni que le mudaran la ropa de la cama, aunque cho-

rreara el último colchón. Para darle el lavatorio, sería necesario volverle de lado; y, ¿cómo hacerlo, si no se dejaba mover ni tocar? Ni siquiera se podría pasar una lezna por debajo de su cuerpo. Si se lograra darle la lavativa, evacuaría en la misma cama y tendría que permanecer en aquella inmundicia, pues no cabía pensar en trasladarle á otra cama. Podía también expirar durante la operación, pues el menor movimiento le daba hipo, seguido de extrema debilidad. Cualquier sacudida podía determinar la muerte, y por esto dijo Antommarchi: «Conozco la sensibilidad irritable de mi enfermo, y, por lo tanto, el peligro de tomar medidas contra su voluntad.» Preguntaba después el doctor si el alivio que del remedio era de esperar, compensaría el peligro que se temía de su aplicación.

El conde habló de la lucidez del general Bonaparte en ciertos momentos y de su insensibilidad de cuerpo y espíritu en otros, así como de su obstinación en no tomar ni alimentos ni medicinas, pues siempre movía negativamente la cabeza, con aire de agradecimiento. Que, por su parte, había tratado el conde de persuadirle á llamar á los médicos que el gobernador le ofrecía, á lo que solía responder: «Pues qué, ¿estoy de cuidado? ¿Acaso me voy á morir?» A esto le replicaba el conde, diciéndole que, si bien su estado no era del todo grave, convenía, como medida de precaución, consultar con los demás médicos, pero no pudo obtener su consentimiento. Que cuando le comunicó la carta recibida del gobernador el 28 de Abril, ofreciendo la asistencia del doctor Short y del médico mayor de la armada, contestó el general que no quería ningún otro médico ni tomar ninguna otra medicina. —«Algunas veces hemos logrado que tomara medicina sin darse cuenta, pero no es posible engañarle para darle una lavativa...» —Su ánimo estaba á veces tan conturbado, que no se acordaba de nada. Por ejemplo, cuando se le habló del doctor Short, diciéndole que sucedía al doctor Baxter, exclamó con no poca sorpresa: —«¡Cómo! ¿Se ha marchado el doctor Baxter? Es raro, porque nada sabía. ¿Por qué no me lo dijeron?» —El conde respondió á esta pregunta diciendo que el doctor Baxter había sido llamado por el gobierno y que el doctor Short le substituía. Napoleón continuó hablando largo rato del doctor Baxter. Otra vez preguntó quién era el médico que le cuidaba. El conde le dijo que el doctor Antommarchi, y él repitió este nom-